Los programas nacionales de ciencia y tecnología son un ritual sin continuidad: Juan Carlos Villa Soto

En comparación con Estados Unidos y Europa, ¿cómo se valora y apoya la ciencia en México?

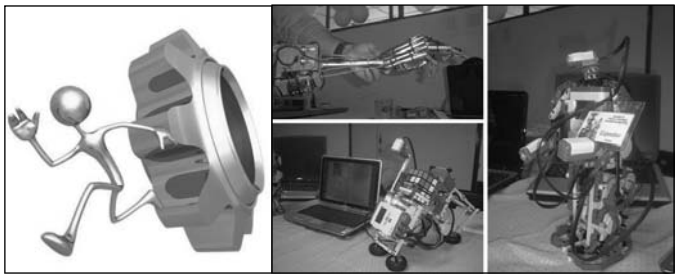
—El examen comparativo de la inversión en investigación y desarrollo es un tema complejo. En general, los países que invierten más en estas actividades son también los que presentan una mejor posición competitiva. En esos casos los niveles de inversión en ciencia y tecnología sí se corresponden con el reconocimiento universal del valor que éstas tienen como instrumento de desarrollo para elevar la calidad de vida de la población.

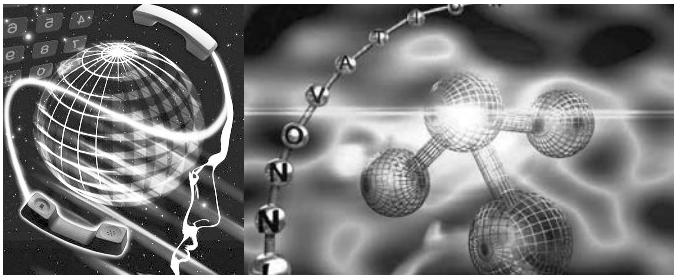
Los recursos que esas naciones destinan —tomando en cuenta indicadores clásicos como el porcentaje del Producto Interno Bruto dedicado a investigación y desarrollo— en algunos casos rebasan el 3%, con una importante participación del sector productivo, mientras en México, por ejemplo, es alrededor del 0.4%. Pareciera que aquí no hay un convencimiento pleno de la articulación del avance de la ciencia y la tecnología con los beneficios sociales y económicos que pudieran tenerse.

Constantemente se insiste en la importancia del progreso científico y tecnológico para lograr el desarrollo, pero existe una contradicción cuando el gobierno anuncia recortes al presupuesto para las universidades públicas. Este hecho permite identificar el verdadero interés en impulsar el avance del conocimiento.

¿Cuáles son las alternativas que brida México en cuanto a educación científica y tecnológica se refiere?

—Uno de los problemas más agudos que se perciben en México es el bajo nivel educativo. Aunque se aprecian avances importantes en la definición de objetivos del actual programa de ciencia y tecnología —en la medida en que se busca incluir en los planes de estudio experiencias de aprendizaje que fomenten el desarrollo de actividades para solucionar problemas de manera creativa—, el fortalecimiento de las capacidades para integrar el conocimiento sigue siendo un elemento ausente.





Los problemas más acuciantes de la agenda nacional, los cuales se relacionan con la pobreza, la salud, la generación de energía, el cuidado del ambiente, etcétera, son de carácter multidimensional y requieren, para su estudio, enfoques que integren conocimientos de diversos campos. Sin embargo, en el Programa de Ciencia y Tecnología del sexenio anterior se expresaba en una línea el objetivo de aumentar la investigación interdisciplinaria, pero sin establecer ni los instrumentos políticos ni las líneas de acción para lograr este objetivo, y el Programa Especial de Ciencia y Tecnología actual no enuncia siquiera este concepto. Es más: el propio programa refleja la ausencia de esta visión integral. Por eso insisto en que un aspecto fundamental que debería atenderse en los planes educativos es justamente el fortalecimiento de las capacidades para integrar el conocimiento.

¿Cuál es el papel de las instituciones educativas, en especial de la UNAM, en el estudio y desarrollo de la ciencia y la tecnología en México? ¿Cuáles son sus aportes y obstáculos?

—El papel de las universidades es fundamental porque están dedicadas precisamente a la generación del conocimiento, y no sólo científico-técnico, sino también en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades. Sin duda, la UNAM está cumpliendo su misión, sus objetivos. No obstante, tal vez es necesario estimular aún más la difusión de los conocimientos que genera en todas sus áreas, de modo que se fortalezca la apropiación y el reconocimiento social de éstos, en correspondencia con un aspecto que debería ser de la mayor importancia en las políticas de ciencia y tecnología: la promoción de la cultura científica.

Cuando hablaba de la necesidad de promover el desarrollo de capacidades, de integrar conocimientos de las ciencias y las humanidades en todos los niveles educativos, me refería también a sentar las bases para que nuestro país alcance logros importantes en el desarrollo tecnológico y la innovación, pero incorporando valores de tolerancia y respeto para afianzar un tejido social de colaboración, de cooperación, en el que los esfuerzos apunten hacia la concepción de un proyecto nacional de desarrollo; de otro modo, puede haber avances significativos en diferentes áreas, pero será difícil lograr metas comunes.

El auge contemporáneo de la memoria

Eugenia Allier Montaño[1]

La memoria es la propiedad de conservación de ciertas informaciones: un conjunto de funciones psíquicas gracias a las cuales el ser humano puede actualizar impresiones o informaciones pasadas que se representa como pasadas.[2] Pero para que pueda recuperarse un recuerdo, en primer lugar debe entenderse que nunca se había perdido: "Si vuelve un recuerdo, es que lo había perdido; pero si, a pesar de todo, lo vuelvo a encontrar y lo reconozco, es que su imagen había sobrevivido".[3] Es decir, la huella psíquica no desapareció, el recuerdo puede suponerse originariamente disponible, si no accesible: el pasado experimentado es indestructible. Aunque si lo recuperamos es porque estaba, de alguna manera, olvidado: el recuerdo sólo es posible sobre la base de olvidar.

> "la memoria se ha convertido en una obsesión cultural de monumentales proporciones en el mundo entero"

La capacidad de recordar y olvidar el pasado siempre ha estado presente en los seres humanos. No obstante, desde hace algunas décadas, "la memoria se ha convertido en una obsesión cultural de monumentales proporciones en el mundo entero".[4] Si hoy la "epidemia" o "tiranía" de la memoria[5] parece una evidencia difícil de negar, su apogeo actual tiene una historia, cuyos primeros años nos remiten especialmente a Europa en los años 1960, cuando la descolonización y los nuevos movimientos sociales que buscaban historiografías alternativas y revisionistas impulsaron los discursos de la memoria. Eso, aunado a otras condiciones sociales y políticas, más propias de los años 1970, como el inicio de la mundialización, el sentimiento de carencia de identidades fuertes, la recuperación o enfrentamiento con "pasados oscuros" (especialmente en lo referido al Holocausto), llevaron a un verdadero auge de la memoria en el mundo occidental. Estos discursos de la memoria conocieron una fuerte intensificación en los años 1980, especialmente en Europa y Estados Unidos, activados en primer lugar por la discusión cada vez más amplia sobre el Holocausto, por una serie de aniversarios relacionados con

[1] Eugenia Allier Montaño es doctora en Historia por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, Francia. Actualmente es investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

[2] Jacques Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, Barcelona-México, Paidós, 1991.

[3] Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, FCE, 2004, p. 551.

[4] Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 20.

[5] Pierre Nora, "Entre memoria e historia. La problemática de los lugares", en *Les lieux de mémoire*, Montevideo, Trilce, 2008, pp. 19-39. Hay quienes hablan del tiempo de la memoria "saturada" (Régine Robin, *La mémoire saturée*, París, Un ordre d'idées, 2003) o de "boom de la memoria" (Jay Winter, *Remembering War: The Great War between Memory and History in the Twentieth Century*, New Haven-London, Yale University Press, 2006).